

# INFLUENCIA DE LA MEDICINA FRANCESA EN LA CULTURA MÉDICA ARGENTINA\*

*"La Clínica Médica argentina ha sido en su formación y desarrollo un fiel reflejo de la Clínica Médica Francesa."* (Rafael Bullrich.)

por el Académico Presidente DR. OSVALDO LOUDET

La influencia de la medicina de Francia en la ciencia médica argentina ha sido tan predominante que podemos afirmar que es la fuente inicial de su creación y de su progreso. El origen de nuestros conocimientos, las doctrinas

\* Conferencia pronunciada al incorporarse su autor como Miembro de Honor de la Asociación Argentino-Francesa de Medicina, oportunidad en que precedió aquélla con las siguientes palabras introductorias:

Señor Embajador de Francia. Señor Presidente de la Asociación Argentino-Francesa de Medicina y Ciencias Afines. Señoras, Señores:

Agradezco profundamente al señor Presidente sus generosas palabras y la alta distinción de ser designado Miembro de Honor de esta Asociación.

Hace tres años entré oficialmente por primera vez a esta casa y os dije entonces que me parecía ingresar al hogar de mis antepasados. Tengo el orgullo de ser argentino como lo fueron mis padres, Osvaldo Loudet y María Antonieta Tornú, pero mis abuelos vinieron de Francia, de Toulouse, del Languedoc, paradisíaca región de trovadores, poetas, hombres de ciencia y filósofos. En Toulouse nació Pinel, el genial psiquiatra y por allí pasaron sonriendo Rabelais y Montaigne. El padre de mi abuelo tenía un viñedo, en esa región. Hizo la campaña de Napoleón en España. Dicen que era inteligente. Lo nombraron Intendente de Toulouse. En esa época una gran sequía arruinó los trigales de Francia y no hubo pan. Fue cuando Parmentier introdujo la papa y la papa sustituyó al pan. El Emperador citó urgentemente a todos los intendentes a París para hacerles un regalo. Les obsequió con una bolsita que contenía tres papas y la orden imperativa de que las sembrasen en sus dominios. El éxito fue prodigioso. Y bien, no dudo de que mi abuelo Bartolomé Loudet, trajo de Toulouse algunos de esos tubérculos, para sembrarlos aquí y yo soy hijo de alguna de las pequeñas semillas sembradas en Buenos Aires. Doy gracias a esta tierra, que tanto amo, el haber permitido la germinación de este pequeño tubérculo "solanum tuberosum". Soy antiacadémico a pesar de ser

que los sostuvieron, las técnicas que se usaron, estaban inspiradas por los maestros de Francia. El viaje obligado de los recién egresados era ir a París, a Burdeos o Montpellier. Basta leer nuestras tesis doctorales o las del profesorado para convencerse que todas están inspiradas o sugeridas por la ciencia médica francesa. En el orden pedagógico, nuestros sucesivos planes de estudio, son una copia fiel de los que reinaron en Francia durante los siglos XIX y XX. Los programas de las materias básicas, de las clínicas superiores y de las especialidades, son un eco de la ciencia médica francesa. En el orden docente, nuestros más distinguidos profesores tenían el método, la claridad, la precisión y la elegancia que siempre distinguió a los profesores de la gran nación latina. De nuestros más grandes maestros voy a citar a dos clínicos y a dos cirujanos. Entre los clínicos, a Güemes y a Ayerza; entre los cirujanos a Ignacio Pirovano y a Andrés F. Llobet. Güemes, apenas obtenido su diploma de médico argentino, parte para París y se inscribe humildemente en primer año de la Escuela de Medicina. Hace toda la carrera, año por año, como el más modesto estudiante. Jamás invoca su título de médico de Buenos Aires, para obtener ventajas o privilegios. Su título máximo es ser un estudiante permanente, hambriento de ciencia y de experiencia. En París fue, sobre todo, discípulo de Potain y después su amigo. Nuestro modesto médico provinciano, nacido en Salta, era admirado por los colegas de la gran ciudad. Hizo también cirugía general y cuando regresó a Buenos Aires la primera cátedra que le ofrecieron fue la de Clínica Quirúrgica. Sin embargo, su gran arma no era el bisturí, sino el estetoscopio. Su oído finísimo le permitía escuchar la música normal y las desarmonías del corazón. ¡Cómo amaba los corazones enfermos! ¡Con qué paciencia y prudencia daba las gotas de digital para aliviarlos y fortalecerlos! Cierta día en una sala del Hospital de La Pitié, al dejar de apoyar su cabeza en el pecho de un enfermo y levantar los ojos, se encontró con la figura erguida pero amable del Jefe de la Sala. Este le pregunta en forma cordial: "¿Oué busca usted amigo mío?" y Güemes le contesta: "Auscultaba el corazón y he encontrado el doble soplo de Duroziez". "Duroziez

---

académico, enemigo de la solemnidad, el empaque y la tiecura y por eso quiero inaugurar esta disertación con una sonrisa un tanto rabeliana. Gracias por haber sonreído, ante esta pequeña senubi traída de Toulouse.

soy yo”, le responde este personaje, para él desconocido, y sonriente, le abraza. Demás está decir que desde ese día Güemes tuvo acceso libre en la Sala y fue el dueño y señor de todos los corazones enfermos y sanos.

El otro viajero es Abel Ayerza, que estuvo en París en 1882 y 1883. Sus estudios de observación en la Sala de Cirugía y de Clínica Médica, en diversos hospitales, causan admiración. Hay que leer la correspondencia que envía a los “Anales del Círculo Médico Argentino” durante esos mismos años 1882-83. Allí se descubre al futuro gran profesor de Clínica Médica, tan sutil, penetrante, profundo y elocuente. Los casos difíciles que había estudiado en París, presentados por los maestros franceses, los descubre en Buenos Aires con la misma claridad e intuición. Si Güemes era el sabio que mucho reflexionaba antes de llegar al diagnóstico, Ayerza poseía la intuición rápida y la luz súbita que abreviaba el tiempo de los silencios reflexivos.

Antes de que me detenga en otras figuras cumbres permitidme que recuerde a los profesores titulares de las distintas cátedras, siguiendo el itinerario de nuestro plan de estudios. Todos son hijos de la ciencia médica francesa.

En primer término, quiero citar al profesor Pedro Belou cuyos padres nacieron en Toulouse, habiendo él nacido accidentalmente en Minas, República del Uruguay. Hizo sus estudios primarios y secundarios en Montevideo y luego sigue la carrera médica en Buenos Aires. Es el primer alumno de su generación y obtiene la medalla de oro correspondiente a su curso. El juicio sobre este hombre se sintetiza en dos palabras: fue nuestro Testut. ¿Quién podía imaginar que reconstituiría el árbol arterial, descubriendo nuevas arterias, grandes, medianas y pequeñas mediante su método de inyectar sustancias opacas en los vasos y luego sacando radiografías que le descubrían numerosos vasos hasta entonces desconocidos? Su tarea le llevó muchos años, auxiliado por su esposa, y su *Radio-lógica Arterial* conmovió a todos los anatomistas y cirujanos del mundo. Cuando el libro fue presentado en la Academia de Madrid, Ramón y Cajal, que vivía retirado de toda actividad académica, asistió a su recepción y consideró a Belou como un nuevo Colón de un nuevo mundo arterial. Su otro libro, sobre el oído interno, deslumbró a

la ciencia francesa. Cuando en 1933 la Academia de Medicina de París lo recibe en su seno, el Presidente de la misma, el Prof. Lapersonne califica los tres volúmenes de la *Revisión Anatómica del Sistema Arterial*, como "una obra magistral, insuperable y llena de originalidad que debían consultar todos los médicos cirujanos del mundo".

¿Cual fue el libro de texto de Anatomía Descriptiva para las generaciones médicas argentinas?: los cuatro volúmenes de la Anatomía Descriptiva de Testut, que en 1880 eran apenas dos y luego pasaron a ser tres, para terminar siendo cuatro. Debo decir que alumnos y profesores consultaban los libros de Cruvelhier y de Sappey, que yo heredé de la biblioteca de mi padre. La obra de Testut es la más ilustrada geografía del cuerpo humano. Sin ella es imposible conocerlo. Los mapas de esa geografía anatómica son unos claroscuros y otros multicolores, una verdadera obra de arte tipográfico que no ha sido superada jamás.

Nuestra Fisiología tuvo como luminoso y lejano maestro a Claudio Bernard. Sus obras completas contienen sus asombrosos descubrimientos. Un fisiólogo germano dijo: Claudio Bernard no era un fisiólogo, era la Fisiología. Su maravilloso libro *Introducción a la Medicina Experimental* y es y ha sido la Biblia de nuestros investigadores. Mucho tiempo después apareció la obra de Ramón y Cajal sobre *Biología Experimental*, inspirada en la obra de Claudio Bernard.

Nuestro más erudito y dinámico profesor en esa materia fue el Prof. Dr. Horacio G. Piñero, que dictó la Cátedra durante veinte años. Su ciencia fisiológica la importó de Francia, adonde viajaba casi todos los años para conocer los nuevos descubrimientos, las nuevas técnicas y los nuevos aparatos. Sus clases eran un modelo de método, de claridad y de elegancia, es decir, clases propias de un profesor francés. Intimó con sabios como Richet, Gley, Janet y Dumas, entre otros. En la Universidad de Buenos Aires dictaba las cátedras de Fisiología y Psicología Experimentales. Y hacía al mismo tiempo Clínica Experimental. Sus clases de Fisiología las dictaba en la Facultad de Medicina, las de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras y las de Clínica Psicológica en el Hospital de Alienadas. La Fisiología General y Comparada que enseñaba Piñero,

fue nuestra base para el estudio del hombre sano, "que debemos intensificar, decía, como futuros médicos, pues así lo autoriza la observación continuada y científica y la experimentación discreta y prudente". No era un experimentador sistemático y rutinario. Era un experimentador amplio y abierto. Sus comunicaciones a distintas academias de Europa lo consagraron hombre de ciencia. Nadie lo superó en la enseñanza, nadie hizo discípulos más eficaces. La fisiología argentina es hija genuina de la fisiología de Francia, como Horacio Piñero era hijo científico de Claudio Bernard, de Paul Bert, de Marey, de Janet y de Dumas.

Quiero recordar dos sabios con sangre francesa en las venas y con el espíritu galo en el cerebro. Los dos obtuvieron el Premio Nobel. Me refiero a Bernardo Houssay y a Luis Leloir. El primero era hijo de un profesor de Francés. Nació en Buenos Aires pero vivió con el alma en Francia. El otro Premio Nobel, Leloir, vástago de una tradicional familia francesa, nació en París, y trajo con él, a nuestra patria, el alma de la Ciudad Luz.

Otro eminente profesor en nuestra Facultad de Medicina fue el Dr. Juan B. Señorans, catedrático de Toxicología Experimental, que en realidad era otra cátedra de Fisiología Normal y Patológica. Vivió muchos años en Francia, trabajando con Laborde y Richet, al lado de Brown-Sequard y Vulpian, llegando a conocer a Charcot, Pasteur y Roux. Su tesis doctoral "Vivicauterización del cerebelo" reveló desde joven su vocación por la medicina experimental. Su amor por la filosofía se lo había despertado el Prof. Francisco Sicardi y de ahí su inquietud por penetrar en los secretos del mecanismo de la vida. Siempre nos recordaba en sus clases, la reflexión de Claudio Bernard: "Toda la ciencia comienza por la observación pura: es avanzando en el análisis de los fenómenos, como se hacen experimentales, porque el observador se transforma en experimentador, imaginando procedimientos de investigación para penetrar en los cuerpos y hacer variar las condiciones de los fenómenos". Tenía la elocuencia serena y profunda de un profesor francés. Para nosotros, Señorans era el Rawson de la Fisiología.

Siguiendo el orden en que se enseñaban las materias de nuestro plan de estudios, reproducción exacta del que rei-

naba en las escuelas francesas, merece un lugar prominente el Dr. Aráoz Alfaro, Prof. de Semiología. Se podía decir que era Sergent trasladado a Buenos Aires. Aráoz Alfaro era un texto vivo, siempre puesto al día, y el compendio escrito para nosotros era el admirado libro de Sergent sobre *Diagnóstico y Semiología*. Las clases de Aráoz Alfaro se dividían en dos partes: una primera de carácter teórico, que las dictaba en el anfiteatro de la Facultad. Su exposición era ordenada, clara, coherente, ponía en evidencia la jerarquía de los síntomas, los clasificaba en su valor etiológico y discutía la posible variación de sus fisonomías. Era preciso, brillante, profundo y elocuente a la vez. Un eco del gran maestro francés del cual había sido colega y colaborador. De las disertaciones teóricas pasaba a las exploraciones sobre el enfermo en su Sala IX del Hospital de Clínicas. En el examen del enfermo su arte de explorar era minucioso y exhaustivo. Además de hombre de ciencia era un hombre de letras y dominaba sobre todo la literatura francesa. Hubo otros profesores de Semiología, verdaderos "virtuosos" en "percibir y tocar los síntomas" como Tiburcio Padilla (h), Viton, Gotta, José Des-téfano, pero Aráoz Alfaro fue el maestro directo o indirecto de todos. La escuela alemana estuvo representada por Sneroni, Bosco, Merlo y otros más, de recuerdos imborrables.

Nuestro profesor de Medicina Operatoria se llamaba Leandro Valle y en sus clases seguía matemáticamente a Farabeuf, cuyo célebre libro era nuestro texto. Tuvo dos discípulos eminentes, hijos de la escuela francesa: Guillermo Bosch Arana y Delfor del Valle (h): este último llegó a ser titular de Clínica Oquirúrgica y fue alumno de Diógenes Decoud, galo hasta la médula de los huesos.

Era lógico y natural, en aquella época, que las Clínicas Médicas y Oquirúrgicas de Francia inspiraran nuestras clínicas embrionarias. Esto sucedió en todas las naciones del mundo. Francia con su genio intuitivo y creador se adelantó y superó al laboratorio como a otros recursos físico-químicos. La "clínica" se hace en el hospital y al borde de la cama, como lo dice el sentido de su nombre. Las ciencias médicas han sido, en lo fundamental, esencialmente clínicas. Nuestros grandes maestros sabían observar los enfermos y poseían una gran experiencia. Poseían el "genio latino" —Francia, Italia, España— cuyo elogio ha hecho

en páginas admirables Anatole France. Chaves, Allende, Ayerza, Sicardi, Aráoz Alfaro, Centeno, Acuña, Señorans, Pirovano, Posadas, Llobet, Chutro, Cabred, Ameghino, hicieron amar a Francia a través de sus clases, porque ellos encarnaban la ciencia, la conciencia y el arte de enseñar de la nación francesa.

Respecto a nuestra clínica médica de la época de oro, quiero citar la opinión de un profesor de Clínica Médica que conoció a nuestros grandes maestros, maestro él mismo; me refiero al Prof. Rafael Bullrich. Había nacido en París y “vacunado” por la ciencia francesa contra la pedantería, la suficiencia, el dogmatismo y la solemnidad. Había sido discípulo de Chaves, de Allende, de Ayerza y de Sicardi, como todos ellos “amaba su profesión porque en ella realizaba su sueño de hacer el bien, porque aliviaba, porque consolaba, porque se hacía amar, y respetaba la vida del hombre y recibía como premio moral, todas las bendiciones”.

“Aquellos clínicos, pensadores, filósofos, filántropos —decía Bullrich— cultores de lo bello, altos espíritus en toda la amplitud de la palabra, han sido sin duda alguna, los que han dado a nuestra clínica un sello inconfundible que la ha hecho alta y finamente espiritual.” Este término, “clínica finamente espiritual” nos conmueve íntimamente. Esa “clínica finamente espiritual” la usaron los clínicos de Francia. Administraban sin formularios, las “vitaminas morales” que no se encuentran en las farmacias sino en los corazones.

Nos recuerda Bullrich que nuestros grandes clínicos eran espíritus agudos y profundos. Habían nutrido sus espíritus siguiendo las lecciones de Trousseau, Peter, Jacoud, Lancereaux, Renaud, Dieulafoy. Hombres todos de gran talento, “latinistas y helenistas, lectores de los grandes clásicos, hombres de letras al par que hombres de ciencia, que no disponían para sus diagnósticos de otros laboratorios que sus cerebros privilegiados, intuitivos, sintetistas, y al mismo tiempo hijos de una sociedad menos materialista y turbulenta, quizá más pura, es doloroso decirlo, que la actual”. La clínica médica argentina en su época de oro fue el total reflejo de la clínica francesa.

Ayerza, entre todos ellos, dejó documentada la herencia que recibió de la ciencia médica francesa. Hay que leer su correspondencia desde París publicada en los "Anales del Círculo Médico Argentino" durante los años 1882 y 1883, para comprobar que sus lecciones parecen escritas por un maestro de la vieja Francia. Nos parece escuchar las lecciones de Dieulafoy, y la elocuencia serena, profunda y elegante que caracteriza a los maestros de la ciencia francesa. No es la elocuencia de las palabras, es la elocuencia de las ideas, de los hechos bien interpretados. Los maestros de esta estirpe comprendían que la medicina no era solamente una ciencia, sino un arte. La ciencia más profunda y el arte más sutil, más humano y penetrante.

Otro gran clínico de espíritu francés pero de origen itálico, fue Francisco Sicardi. En su sangre latina había muchos glóbulos blancos de sangre francesa. Es decir, glóbulos tradicionalistas. Estudió Clínica Médica en los barrios más pobres de Buenos Aires y conoció la más terrible de las enfermedades: la miseria. Con excepción de un pequeño libro sobre *El pronóstico*, documentó la clínica de la miseria en su larga novela *Libro extraño*, título que le sugirió Mariano de Vedia. Pero esta novela pertenece a la escuela naturalista de Emilio Zola y es un tratado de historia de clínicas pertenecientes a la patología social.

Volvamos ahora a las Clínicas de las especialidades, empezando por la Clínica Psiquiátrica. Esta Clínica se ha nutrido fundamentalmente de la Psiquiatría francesa. El primer profesor, Lucio Meléndez, hizo sus estudios en París y en sus clases le dio al enfermo mental "la dignidad de enfermo", que dejó de ser un simple prisionero peligroso encerrado entre rejas de seguridad. Fue digno hijo espiritual de Pinel, Esquirol, Bayle, Trelat, Voisin, Parchape, sucesivos maestros de la escuela francesa.

Pero el más dinámico y fecundo fue sin duda Domingo Cabred, del cual fui discípulo, y que vivió con el espíritu inquieto en la Ciudad Luz. No solamente su Instituto de Clínica Psiquiátrica era un modelo para el mundo científico, sino que fue un maestro insuperable en sus clases en el Hospicio de las Mercedes. Su obra médico-social nunca será superada. Sembró de hospitales psiquiátricos y otros de diversa naturaleza toda la República. Creó la "clínica del



trabajo”, para enfermos mentales crónicos y convalescientes en una antigua estancia de muchas hectáreas en los alrededores de Luján. Cuando estudió en París, fue discípulo del gran psiquiatra Ball y también de Chaslin cuyas admirables clases de psiquiatría se publicaron como “Diálogos” con enfermos mentales. Cada diálogo corresponde a una enfermedad mental determinada. Hablamos así con los enfermos en forma ágil y penetrante, audaz y luminosa. Podría tener como subtítulo: “Dime cómo contestas y te diré qué locura tienes”. ¡Si Cabred hubiera publicado los diálogos con sus enfermos, hubieran estado colocados al lado de los diálogos de Chaslin!

La mayoría de los médicos internos del Hospicio de las Mercedes, ampliaron o perfeccionaron sus estudios en París, como Amable Jones, Helvio Fernández, Javier Brandan, Adolfo Sierra, Arturo Ameghino entre otros. Todos estos internos del Hospicio volvieron a la patria llevando impreso el sello de la cultura francesa.

La Medicina Legal, por otra parte, se enseñó en nuestra Facultad siguiendo las normas de la Medicina Legal de Francia, cuyo máximo maestro fue Legrand du Saule. Nuestros libros preferidos fueron los de este gran maestro y los de Tardieu, Lacassagne, Vivert, Braurdel, Etienne Martin, Balthazar, Lainel-Lavastine.

En 1922 el que estas líneas escribe creó los cursos de “Médicos Legistas” semejante al plan que reinaba en París y puso a su frente al Dr. Nerio Rojas, que recién había egresado de la Escuela de Balthazar.

Hablemos ahora de la Cirugía Argentina. Nuestros más eminentes cirujanos se formaron o se perfeccionaron en Francia. Allí encontraron sus maestros y después ellos fueron a su vez maestros de sí mismos.

El más grande de todos fue Ignacio Pirovano, cuya estatua se levanta todavía en la plaza del Hospital de Clínicas. Permaneció en Europa desde 1872 hasta 1876 y tuvo como maestro en París a Peán, Verneuil, Richet y principalmente Nélaton. Antes de estudiar cirugía, Pirovano se dedicó a la Histología y a la Anatomía Patológica. Cuando regresó al país ocupó la cátedra de Histología y Anatomía

Patológica e introdujo el empleo del microscopio. Después fue designado profesor de Medicina Operativa y tres años más tarde alcanzaba la cátedra de Clínica Quirúrgica. Se formaron a su lado, Gandolfo, Bazterrica, Caballero, Andrés F. Llobet, Alejandro Castro, Texo, Lagarde, Justo, Gutiérrez, Decoud, Palma, Máximo Castro, Molinari, Varsi, Herrera Vegas, Cranwell, Repetto y Posadas, para no citar sino los cirujanos de mayor renombre graduados desde 1882 a 1895. Nuestros más eminentes cirujanos fueron hijos científicos de Pirovano y Pirovano fue hijo de los grandes cirujanos de Francia. Según uno de sus biógrafos —Daniel Cranwell— era alto, fornido, casi un aleta, pero “algo más grande que su ciencia era la inagotable bondad de su alma”. Pellegrini, que fue su compañero de estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires dice que “en el trato íntimo tenía la ternura de un niño y la exquisita sensibilidad de una mujer”. Abrió entre nosotros nuevos y más amplios horizontes a la cirugía, con la práctica de la antisepsia. En esa época se temían la soperaciones, pero sus discípulos llevaron a todos los rincones de la República el convencimiento de los enormes beneficios de la técnica quirúrgica. Después del diagnóstico les decía a sus discípulos: “Hay que saber cuando se debe operar; y cuando no se debe operar” y consideraba la segunda pregunta tan importante como la primera. Habría que agregar esta otra: ¿cómo hay que operar?

En su tesis del doctorado: “Notas sobre cirugía” dice Alejandro Castro, que Pirovano fue el introductor y conservador de la aplicación rigurosa del método de Lister en la práctica hospitalaria. “En todos los momentos, frente al peligro se le veía inmutable, con la serenidad olímpica de quien ha previsto todo y todo domina.”

Cuando Pirovano estuvo en París asistió a las lecciones de Claudio Bernard y de Pasteur, pero después se incorporó a la Escuela Práctica, siguiendo los cursos de Medicina Operatoria para obtener el doctorado en la Facultad de Medicina. Sus examinadores fueron el fisiólogo Béclard, el profesor Trelat, el gran profesor de Cirugía Tillaux, el propulsor de la gran cirugía abdominal, Terrillon y por fin Sappey, célebre por sus hermosas preparaciones anatómicas y particularmente conocido por sus trabajos de anatomía y su libro, que fue una obra clásica de consulta al lado de la de Testut.

Ignacio Pirovano, que tanto amaba a Francia, había colocado al frente de su sala de operaciones una pequeña estatua en bronce de Ambrosio Paré, obra del escultor David D'Angers. La figura simbólica del fundador de la Cirugía francesa, presidía la sala de Ignacio Pirovano, fundador de la Cirugía argentina.

El otro gran maestro de la Cirugía argentina, que fue primero discípulo de Pirovano, fue Andrés F. Llobet, nacido en mayo de 1861. Fue primero profesor suplente de Histología como lo había sido su maestro Pirovano. Había terminado sus estudios en 1889 y partió para Francia donde se vinculó con un gran número de cirujanos entre ellos el eminente profesor Ollier, de Lyon, quien más tarde habría de prologar su libro *Onze annés de pratique chirurgicale*. Llobet fue llamado, en los comienzos de su brillante carrera, el "Pirovano chico", porque era tal vez el más diestro y decidido de los discípulos del gran cirujano. Contribuye con Justo, Alejandro Castro y Bazterrica a la implantación del método aséptico en la Argentina, practicando con éxito nuevas operaciones. En este sentido, dice Arce, pudo ser llamado con más propiedad "el nuevo Pirovano".

Amigo de Ollier colaboró con asiduidad en la "Revue de Chirurgie" de la que el gran cirujano de Lyon era codirector y redactó un artículo para la obra de Chipault, *L'état actuel de la chirurgie nerveuse*. En 1900 se publicaron las *Lecciones de Clínica Quirúrgica*, dictadas por Llobet en 1896.

Según uno de sus biógrafos, Andrés F. Llobet, sin disputa, después de Pirovano, fue una de las figuras más interesantes de la cirugía argentina en el espacio de tiempo comprendido entre 1885 y 1891; a partir de este último año ocupa el primer puesto, que no cede hasta la aparición de Alejandro Posadas. No llegó a la Cátedra, pero llegó a la gloria, por la enseñanza libre y su obra fecunda.

No quiero olvidar al Prof. Julio Diez cuyo procedimiento de simpatectomía lumbar —que lleva su nombre— adquirió resonancia universal al ser aplicado al Rey de Inglaterra, como lo proclamó Finochietto. Discípulo del eminente profesor Leriche, "cirujano del dolor", sus operaciones sobre el simpático fueron perfeccionadas por Diez, como lo reconoció el mismo maestro.

Por último, deseo recordar el más grande cirujano próximo a nosotros; me refiero a Pedro Chutro, que se inició en el Hospital de Clínicas con Alejandro Posadas y luego continuó al lado de Herrera Vegas. En 1914 estalla la gran guerra y se embarca para Europa ofreciendo sus servicios profesionales en los hospitales de París. Allí conoce a Gosset, Director del Hospital Militar Buffon, uno de los más eminentes cirujanos de Francia, Miembro del Instituto. Cumplió en ese Hospital una tarea sobrehumana y reveló su genio quirúrgico. Cuando Gosset tuvo que partir para el frente, recomendó a Chutro para dirigir ese gran Hospital Militar con más de setecientas camas. Muchos médicos de otros países asistían a sus operaciones, con nuevas técnicas y nuevos aparatos inventados por su ingenio singular. Cientos de heridos, que parecían inoperables, le debieron la vida. Su resistencia física asombraba. Cuenta Loubière, que lo vio operar treinta y seis horas consecutivas, cuando un torrente de heridos venía del frente en forma impresionante.

Chutro había conocido en un viaje anterior a Gosset y practicado con Tuffier, innovador y preciso y con Jean Louis Faure, ginecólogo eminente y amante de las bellas letras. De Gosset dijo: "Que no había conocido otro igual en la sistematización del arte quirúrgico y que a la agilidad manual unía la agilidad mental: tenía la rara virtud de llevar la claridad a los problemas más oscuros de la técnica quirúrgica".

Y ahora os daré la opinión de Gosset cuando murió Chutro: "Grande, bello, sereno, con ojos magníficos de mirada reflexiva y un poco triste, Chutro era un tipo excepcional de humanidad. Prodigaba a sus heridos una bondad infinita, sin ostentación, con el pudor de no dejarla ver. Poseía una resistencia a la fatiga que nada podía vencer, una calma imperturbable que nada podía alterar y una habilidad excepcional acompañada de buen sentido crítico y de sólida cultura clásica". Muchos ignoran que Chutro leía de preferencia las poesías de Horacio y las practicaba en su vida. Fue Miembro de la Academia de Medicina de París que se honraba en contarle entre sus miembros.

## TEXTOS Y OBRAS DE CONSULTA

Las generaciones médicas del siglo XIX y de lo que va del siglo actual han tenido como obras de texto y de consulta los mismos libros que usaban en Francia los estudiantes de medicina. Enumeraré únicamente los más importantes: la *Anatomía* de Testut, la *Topográfica* de Testut y Jacob, la *Medicina Operatoria* de Farabeuf, la *Histología* de Duval y Toureaux, la *Fisiología* de Gley y de Hedon, la *Parasitología* de Verdum, la *Patología Interna* de Collet, la *Patología Externa* de Forgue, la *Psiquiatría* de Regis y los *Compendios* de la Colección Testut síntesis admirables de Clínicas y especialidades. Estos compendios no se han cristalizado, no se han detenido, siempre han seguido el ritmo de los progresos de las ciencias médicas. Cada nueva edición es siempre actual para su tiempo.

Entre los Tratados fundamentales utilizados por nuestros maestros quiero citar algunos con las respectivas fechas: *Traité de Medecine*, Charcot-Bouchárd-Brissand (6 vol.) 1881. Dujardin-Beaumetz, *Clinique Therapeutique* (3 vol.) 1888. *Traité de Chirurgie* (5 vol.) 1891. Duplay y Reclus (6 vol.) 1891. Trousseau y Pidoux, *Traité de therapeutique et materie medical* (1875). Germain Sé, *Régime alimentaire* (1887) y estos libros aparte de las enciclopedias: J. B. Fonsagrives, *Principes de Therapeutique* (1884). Ch. Bouchard, *Leçons sur les autointoxications* (1887). H. Rendu, *Clinique Médicale* (1890). E. Bouchut, *Patologie Generale* (1889). Parl Richet, *Estudios Cliniques sur L' Hystero-Epilepsia* (1881). G. Hayen, *Leçons de Therapeutique* (4 vol.) 1883. A. Vulpran, *Leçons sur de Physiologie du Systeme Nerveuse* (1866). Ch. Feré, *Les Epilepsis* (1890).

Esta exposición ha sido breve, muy breve, porque el tema es muy extenso y para tratarlo en forma integral se requiere un libro. Son muchas las omisiones, son muchos los olvidos. Espero que me perdonéis. Nuestra medicina es en realidad un capítulo de la medicina francesa. Francia conquista el mundo intelectual con su sabiduría. Ya lo dije alguna vez. Hay dos formas de salirse del mapa geográfico: por la violencia, por la guerra, por la sangre; o por la ciencia, por el arte, por la luz. Francia se ha salido de su mapa geográfico por la luz. La tierra es lo menos importante. Cierta vez le preguntaron a un británico qué prefería, si

perder la India o perder a Shakespeare. Contestó sin pestañar, perder la India. Francia le ha dado a sus colonias la independencia porque habían llegado a su mayor edad.

En las ciencias médicas ha conquistado el mundo por la luz de sus sabios. ¡Qué poca cosa son las colonias al lado de los imperios de la ciencia, del arte, de la belleza y de la verdad! La luz es inmortal y no tiene fronteras.